



miércoles 7 de septiembre de 2005

EDICIÓN IMPRESA - Cataluña

HUMEDADES ANCESTRALES

DANZA

NDT I

«One of a Kind». Coreografía: J. Kylian. Música: B. Dean y otros. Escenografía: A. Kitagawara. Vestuario: J. Visser. Nederlands Dans Theater I. Director: A. Hellström. Gran Teatre del Liceu, 5 de septiembre.

PABLO MELÉNDEZ-HADDAD

El regreso a la cartelera liceísta del NDT I tuvo en el primero de los dos programas preparados una acogida más bien discreta. Acaso lo epopéyico del tema de «One of a Kind» atenta en su contra precisamente por lo complejo de un mensaje que habla de que los ciudadanos son todos iguales ante la ley. La obra, un encargo del gobierno holandés al coreógrafo Jiri Kylian, celebró en 1998 los 150 años de la Constitución de los Países Bajos a través de un lenguaje de danza pura y libre, de un esteticismo que de pronto parece transformarse en académico por la brillantez de sus frases. Con un desconcertante comienzo, casi netamente gimnástico y sobre todo con una introducción plena de abstracciones, todo cambia cuando aparece esa nueva fórmula introducida desde la entrada del primer bailarín varón, con su sutileza y su dureza. El paso a cuatro de la primera parte, con esas dos parejas al unísono, o el paso a dos sobre el madrigal, son dos momentos de pura calidad, presentando al mejor Kylian, a ese que, en esta premiada coreografía, parece defenderse mucho mejor en aquellos números en los que participa más de un intérprete.

No se entiende, sin embargo, que el discurso se haya cortado en tres trozos, ya que la unidad estética, la pluralidad de los intérpretes y la falta de argumento no justifican dos descansos. En todo caso, resultó especialmente interesante que se dejara el telón alzado en ambos entreactos, permitiendo al público acercarse a unos estilizados y bien dibujados calentamientos y a algo así como una clase, enseñando las entrañas de un arte terrible en la exigencia física de sus intérpretes.

La banda sonora de Brett Dean, con chispazos de clásicos como Britten o Cage, es decididamente moderna y rupturista -al igual que la carísima escenografía del arquitecto Atsushi Kitagawara-, siempre llena de atmósferas que no pierden el hilo rítmico necesario, pero se hace especialmente insoportable en el clímax de la segunda parte. Buena parte del público que casi llenaba el teatro desertó en los descansos; no bastó esa delicada comunicación, de angustia lluviosa y ancestral, que la obra emana entre las frágiles pinceladas de Jiri Kylian.